

EL MUNDO AL REVÉS

Adrián llevaba caminando más de una hora, rescatando recuerdos que yacían en el desván de la memoria. Vestido con chándal, cómodas zapatillas deportivas y una liviana mochila a la espalda, el paseo le estaba resultando una gozada.

Se acercó a la añosa higuera, cuyo tronco le había servido tantas veces para esconderse en sus juegos infantiles. Deslizó la espalda, adosada al tronco, y se sentó en el suelo. Justo enfrente estaba su colegio, o lo que quedaba de él. Sacó de la mochila el bocadillo de chorizo, que había preparado para reponer fuerzas y lo saboreó con deleite mientras observaba cómo el sendero que conducía hasta la puerta del colegio estaba cuajado de escobas y matojos.

Adrián se puso de pie para observar mejor el paisaje, al tiempo que se metía en el bolsillo del chándal el trozo de bocadillo que le quedaba por comer, con un movimiento reflejo, se sacudió las manos en los pantalones.

Desde que Don Torcuato murió y, al quedar pocos críos en el pueblo, La Diputación pensó que era mejor trasladar niños que trasladar maestros. El pueblo había quedado más triste y el colegio a punto de desaparecer.

¡Pobre D. Torcuato!, si levantara la cabeza. Era un buen maestro. A mí me apreciaba mucho, porque decía que recitaba como nadie “La canción del pirata”.

Adrián se volvió a sentar y recordó la obsesión que tenía D. Torcuato por el deporte. Todos los días les sacaba a este gimnasio sin límites y les obligaba a hacer diez minutos de carreras; a continuación otros minutos saltando a dólar (aquí no había potro); y por último otros diez minutos haciendo el pino, mirando el mundo al revés. Tenían que hacer carreras desde la higuera hasta la encina, porque eso fortalecía los brazos y quería hacer de ellos jóvenes sanos y fuertes para mejor servir a la patria.

Todos sabían que esa obsesión de Don Torcuato era por lo de su hijo Juan.

Cuando nació el niño, Don Torcuato se puso muy orgulloso al ver que era varón. Soñaba con que cumpliera la edad necesaria para poder servir en el cuerpo de La Benemérita. Pero Juan creció canijo y enclenque, y le rechazaron por no dar la talla.

Cuentan que el maestro fue a visitar a un viejo coronel, amigo de su padre, para que intercediera. El día de la visita llevaba entre sus brazos el jamón más pesado de su despensa, por ver si el exceso de kilos del brazuelo compensaba la escasez del de su hijo. No pudo ser. Juan terminó opositando a Correos. Adrián sonrió mientras le pasaba una idea por la cabeza ¿sería capaz de andar haciendo el pino a sus cuarenta años?, ¿por qué no intentarlo?

No lo pensó dos veces. Despacio, empezó a avanzar con la manos. Miró a su derecha y vio un camino ennegrecido. Era un regimiento de hormigas, de las grandes, de las del demonio.

-Vale, dijo Adrián, a ver quién llega primero.

Según iba caminando, notó un cosquilleo en las manos pero, grave error, pensó que eran calambres por la falta de entrenamiento. Al sentir más fuerte esa sensación miró a sus brazos y lo que vio le dejó petrificado: las hormigas,





**SANTA ANA
Y SAN RAFAEL**
Madrid

atraídas por el fuerte olor a chorizo que despedía, habían cambiado su trayectoria y estaba literalmente invadido. Dio un salto y empezó a sacudirse frenéticamente. El batallón ya se había dividido, un destacamento iba camino del bolsillo donde estaba el trozo de bocadillo abandonado, y otro, se dirigía hacia la cara imantado por el olor que despedía la grasa seca en la comisura de sus labios.

Cada vez eran más; por más que se sacudía, no lograba reducirlo. Saltó, se volteó y finalmente cayó al suelo. Cerró fuertemente la boca, pero ellas ya habían encontrado otra entrada: los orificios nasales. Al tener obstruidas las vías respiratorias, tuvo que abrir con desesperación la boca, tosió, estornudó, y con un asco tremendo le vino una arcada. Parte del vómito, al no encontrar despejada la salida, retrocedió al pulmón. La asfixia fue instantánea.

Las hormigas velaron el cadáver mientras iban y venían llenando su despensa. Aquel invierno engordaron.

GIRASOL

